

**“MIRADAS DE IBEROAMERICA 2017”
CONCURSO INTERNACIONAL DE ENSAYOS COCINA Y MIGRACIÓN”**

**LA COCINA, EL CÓDICE DE LA ESPECIE
PSEUDÓNIMO: JETCHE**

Imaginemos que hacemos un viaje. Elijamos un país. Vayámonos a Perú, a Bolivia, por qué no a Uruguay. Imaginemos sus calles, absorbamos el misterio fronterizo de Puno o recorramos los caminos prehispánicos de Coroico en los Yungas. Perdámonos en la Ciudad Vieja de Montevideo. Escuchemos los ruidos de la ciudad, advirtamos los códigos gestuales y de conducta; sintamos la delgadez del aire; el habla de las personas; empapémonos de eso que los filósofos refieren como comprensión hermenéutica y las personas comunes llamamos “el color local”. Detengámonos a comer en la calle —es lo que hacemos los viajeros de “calle”— porque nos ha seducido el aroma de un “Rocoto relleno”, tan familiar y extranjero; o unas empanadas salteñas en ciudad de La Paz; o la sorpresa del “Chivito uruguayo”, el asado o el “Pancho”, que otros llamarán Frankfurten o Hot Dog. Seguramente trataremos de hallar las diferencias o similitudes con lo que dejamos en “Casa”; porque existe una Casa, ese lugar en el mundo al que regresamos luego de las vacaciones.

Imaginemos por un instante que intercambiamos la glamorosa calificación de Turista por la de Migrante. Pasemos revista a lo que dejamos atrás. Rememoremos nuestro país de origen, en realidad una pequeña porción, un pedazo de tierra donde hemos nacido; donde hemos visto morir a alguien a quién amábamos; el lugar donde nos besaron por primera vez; allí donde estaba la cocina de la abuela, la molienda; la primera torta o pastel de cumpleaños; el sitio en el que dejamos de señalar y empezamos a nombrar. Sintamos el peso y la ligereza de la maleta, injusta con aquello que atesoramos y resignamos en la partida.

Pensemos por un momento en la palabra migrante, en ese vocablo que se hace desconocido. Una palabra que no pertenece al conjunto de palabras que nos constituyen sino que nombra lo transitorio. Pensemos en los lugares comunes vaciados de contenido. La palabra repetida, extenuada por las estadísticas, por el informativo, por los traficantes de personas, por la literatura.

Imaginemos ahora que ese viaje que iniciamos es para siempre.

Quando Marcel Proust escribe su obra culmine “En busca del Tiempo perdido”, en el primero de sus siete libros, “Por el camino de Swan”, este escritor francés, alejado por completo de la neurociencia, sin proponérselo echaba a andar distintas fantasías que luego harían realidad desde el Marketing hasta la Neurología. El personaje de Proust, transido por la tristeza, se lleva a la boca una cucharada de té en la cual ha mojado un trozo de Magdalena. Este simple hecho desata un torrente de sensaciones que de inmediato lo traslada a su infancia en los veranos de Combray, un pueblito de la Baja Normandía. Y, de repente, nos dirá Proust, *el recuerdo aparece...mi tía Leonie me la daba, después de haberla mojado en su infusión de té...* Y el recuerdo, que es el alimento del que migra *...enseguida...la vieja casa gris, donde estaba su habitación, vino como un decorado teatral a añadirse al pequeño pabellón que estaba sobre su jardín.*

Y ya la tía Leonie será Teresa, María o el tío Antonio. Mi jardín, tu jardín. Mi mesa y la de aquel. Sí, la memoria olfativa y gustativa, la sensorialidad, escribe e inscribe en nuestro cerebro una Historia que no está en los registros de las bibliotecas sino en la más pura sinestesia de la especie humana. Advertimos que la única historia que no tiene dos o más bibliotecas es la que está compuesta de manos y emociones, de fuego y recuerdos, fechas, tragedias, funerales, guerras y casamientos. La cocina, a diferencia de lo que se predica, es la verdadera escritura.

Podríamos empezar por preguntarnos ¿qué es la cocina? Por parecer una pregunta obvia, cuanto más la observamos más incrementa su opacidad. Aventuramos que es una práctica; de inmediato notamos que esta respuesta no da cuenta de la complejidad que implica este fenómeno. Inmediatamente nos preguntamos si es precisamente, eso, un fenómeno, una manifestación de la Naturaleza, podríamos decir iniciando una deriva, algo que debía suceder en la existencia del ser humano. Un método, eso es, debe de ser un método de superación, aunque suene muy darwinista.

En lo personal voy a aventurar mi propia definición: **La cocina es el código de la especie humana**. Un reservorio sensorial que contiene los registros identitarios y de la memoria. Un libro que no cesa de escribirse; un libro sagrado, sí, en su acepción amplia; una consagración, la veneración que la especie hace de su propia superación. De los árboles a la bipedestación, a estar erguidos; el dedo oponible, la mano que puede asir una herramienta y un cerebro que puede elegir aquello que es “mejor” para prosperar.

Persigamos la idea... ¿qué se asienta en ese código? Recuerdos y perseverancia. Allí se inscribió el pavor de los descubridores, la infatuación de los filósofos, el terror de Auschwitz. Las conquistas y asimilaciones, las limpiezas étnicas, la esperanza de los astronautas, los nuevos conquistadores migrantes. Este código-libro, que es la cocina, es la olla cultural, el palimpsesto de la humanidad.

La migración no es un epifenómeno accesorio al ser humano (permítaseme el tecnicismo) sino que forma parte del ADN cultural de la especie. Parece absurdo, lo sé, cuando escuchamos las diatribas y discursos xenófobos respecto a los migrantes, en su mayoría no voluntarios, sino personas desplazadas por conflictos que ellas mismas no iniciaron. Estos discursos y posturas han trastocado la naturaleza del fenómeno y lo han trasladado al campo de las ingenierías mercantiles. Ahora **ser migrante ha dejado de ser una condición natural del ser humano para convertirse en una infracción**.

Si continuamos elaborando sobre la idea original bien podría decir alguien que esta nueva circunstancia que atraviesa la migración no es excepcional, y que se halla en consonancia con las distintas tragedias del hombre, y que como tal debería considerarse como un estadio más de su naturaleza.

Es cierto, todo discurso puede inducirse a un coma semántico y podemos elegir quedarnos de un lado u otro del problema. Pero retomando la definición original puedo sostener que para nuestra tranquilidad el registro que se hace en ese libro no es intelectual, no es pactado, es un tipo de registro más holístico y menos evolucionista. Un registro que más tiene que ver con los sistemas de cooperación y religación que con la sobrevivencia del más fuerte; más Lynn Margulis y menos Charles Darwin.

Y no es que estemos renegando de la “Teoría de la Evolución de las Especies”, por lo menos no en sus aspectos taxativos, es decir, las especies que no lograron sostenerse en determinados ecosistemas sí fueron sustituidas por otras más aptas para esa configuración ecológica. Estamos en contra de la carga positivista opuesta al orden natural, lo cierto por encima de lo abstracto. La actualidad nos halla sin haber superado los viejos postulados, la prevalencia científicista y antimetafísica que convirtió al mundo en industrial y que en el siglo XX reformula la vieja doctrina en algo más parecido a una actualización semántica: neopositivismo.

La teoría de Margulis, por otra parte, y para decirlo de una manera sencilla, plantea la cooperación entre los organismos. No la superación de unos por otros sino la religación para la sobrevivencia de todos.

El migrante es un invitado que llega a casa. Debemos acomodarlo, proporcionarle una cama, mejor un cuarto, asegurarle la salud, la educación, el trabajo, la vida. A cambio le pediremos que se subsuma, que se deje asimilar, que se integre, que aprenda los códigos del lugar de acogida, que apacigüe el lenguaje, que no compita por nuestros trabajos, que no acepte salarios inferiores, pero por sobre todas las cosas le pediremos que cometa una monstruosidad... que olvide. Algunos lo intentan, otros lo logran, por un tiempo o por un tiempcito.

Vemos con estupefacción que las nuevas prácticas económicas, las regulaciones sobre las poblaciones y las disciplinas sobre el cuerpo, han establecido los nuevos marcos conceptuales desde donde se derivan las valoraciones que buscan gestionar la vida. El control y la administración ya no de la soberanía tosca que podía hacer morir, sino todo lo contrario, un predicamento (lo diremos, biopolítico) pensado como poder para hacer vivir. Cabe preguntarnos en qué se convierte este ser humano en tránsito, inmerso en una permanente locomoción de “sentido”, de valoración, inmerso en una especie de traslado a convenir, a negociar.

Estas prácticas de la política y de la economía a las que hacíamos referencia proponen convertir al migrante, cada vez más, en el nuevo Bitcoin, en la nueva moneda transaccional. El migrante no es un problema... su nuevo estatus de infractor lo ha convertido en una oportunidad. El Capitalismo ha visto en ellos el nuevo Dorado. Y las estrategias de la posverdad, logran mediante un eufemismo de lo obsceno (lo que está fuera de escena) convertir locutivamente real lo imaginario... o simplemente ilusorio.

Los periódicos del mundo titulaban en marzo de 2016 “Turquía utiliza a los refugiados para acelerar su entrada en la UE”; “El gobierno de Ankara sube el precio que pide a Bruselas a cambio de frenar a los migrantes.

Dejemos claro que los vínculos entre especie y civilización están intermediados por una tensión que propicia una paradoja. Todos podemos representar a la especie pero ninguno la puede renunciar. Esta prevalece. Se defiende. Elige por sí, podríamos decir que la sobrevivencia es intrínseca a ella. Lo ha demostrado. Esa zona de guerra, ese

espacio, ahora sí, simbólico, en el que la especie aguanta y ensaya su resiliencia, es una forma de registro, de escritura que podemos identificar con la cocina.

Las escrituras simbólicas tienen su correlato en expresiones concretas, en acto, es decir, son performáticas. La cocina en su esfera concreta es performática. Define, representa. En este sentido podemos aducir que también es una “representación”. Dentro de la polisemia del término diremos que por un lado pone en escena, y por otro intermedia.

La cocina es la embajada del migrante, es su teatro de operaciones, es la pieza que obtura la asimilación de la cultura dominante. Imagínense qué sucedería con el tono, la personalidad, los aromas, los sonidos y la idiosincrasia de los países que abogan por desterrar a millones de migrantes. ¿Se imaginan Nueva York sin migrantes? ¿París? ¿Barcelona?

La cocina de la calle, lo mejor del signo migrante, y aquella otra Gourmet han sabido performar las ciudades modernas a un punto sin retorno. Algunos países, como el mío, como Uruguay, empiezan a ver en el migrante la ocasión de producir valor cultural. Al ser uno de los pocos países que cuentan con una ley de migración moderna, que asegura entre otras cosas los mismos derechos que a los naturales y la repatriación de familiares hasta la tercera generación, está poniendo por delante el interés cultural en detrimento de un estado de desconfianza. Mientras tanto gestiona los miedos y las reticencias naturales de esta especie que no es perfecta pero que se defiende.

Los migrantes no se resignan, ni tampoco todos los naturales de un lugar desean asimilarlos, varios creemos en la riqueza de las diferencias. Daré por representado este comentario tan solo con tres ejemplos concretos.

Aquí en Montevideo vive José Rivas, un venezolano que en el año 2015, acuciado por el desabastecimiento de leche y pañales para su bebé, decidió venir a Uruguay. Una vez más la identidad y la memoria gustativa hicieron su labor y José Rivas empezó a solicitar a cada persona que venía de Venezuela que le trajera harina de maíz para hacer las Arepas, base de la cocina de su país.

Dos años después José Rivas importa más de 12 toneladas de harina cada 3 meses. En un país que alberga a 7.000 venezolanos y 2.000 colombianos la cocina de Venezuela ya ha conquistado a un 20 % del escéptico público uruguayo. También se han abierto areperas, una de ellas en el exclusivo barrio de Pocitos “la Mondiola”. La arepera “Chévere” combina la cocina con la típica música del *cuatro* y fotos de su pasión por el béisbol.

El otro ejemplo al que quería referirme no asume a la cocina como fin en sí misma sino como medio para una revolución cultural, me refiero al proyecto “Cocina Conciencia” implementado en varias ciudades de España y que tiene como objetivo principal formar y emplear a chicos con dificultades de integración social, migrantes, solicitantes de asilo y refugio.

Algo que comenzó como un caso aislado en 2010 (a partir de la realidad migratoria en Europa, con más de 3.8 millones de personas que migraron hasta el 2014) se convirtió, rápidamente, en un programa integral que articula la Fundación Raíces con un equipo

interdisciplinario de psicólogos, asistentes sociales, abogados y una red de cocineros de los mejores restaurantes.

Si bien existe una atención integral de los jóvenes migrantes, el vector, el riel, por donde corre esta iniciativa es el de apelar a las raíces identitarias relacionadas con la cocina. En un proceso que pasa de la asimilación para situarse en el camino de la complejidad y riqueza cultural.

Por último, en el año 2016 la Policía de los Ángeles, para tratar de dejar atrás las actitudes que por momentos la han separado de las comunidades migrantes implementaron una iniciativa que consistió en compartir con la comunidad mexicana un plato de cocina típico, en este caso en particular un Pozzole de carne de pollo y cerdo. Reunidos alrededor de la misma mesa policías uniformados y representantes de la comunidad intercambiaron acerca de los miedos e incertidumbres que las nuevas leyes antiinmigración les provocan.

Si imaginamos un libro no escrito. Si logramos imaginar algo más que un libro, podemos llegar a pensar que esta escritura particular se inscribe en el Tiempo. Si la cocina no es una práctica, ni un fenómeno o un método, bien podemos creer que no está enferma de obsolescencia. No caduca. No abdica. No comenzó a existir luego de una Prehistoria del hombre. No es una convención, ni una clasificación.

Por último deseo señalar que la cocina es a la migración lo que el habla es al lenguaje. Una especie de modulación en la que el mestizaje y la interseccionalidad construyen una nueva forma de expresión que previo a la hibridación no existía. El migrante y su entorno de acogida establecen una negociación simbólica. Los procesos de hibridación se tienden en el vector del tiempo, no son instantáneos.

Cabe acotar que tal mestizaje supone para el migrante una pérdida y una ganancia. Queda una parte de su memoria irrecuperable, es lo que se cobra el desarraigo.

Ahora bien, si pensamos este encuentro como una cooperación y no en términos de triunfo y pérdida, podemos establecer que al igual que los antiguos códigos, la cocina de la especie aún continúa escribiéndose con las manos.